

art buchwald

LA SALUD LO ES TODO

La vida de un médico en París, especialmente cuando se le llama para tratar a los turistas. Recientemente, un doctor amigo mío fue llamado por la noche a un hotel por una señora que creyó que su marido sufría un ataque cardíaco. Cuando llegó, la dama estaba histérica y, mientras el médico examinaba al paciente, no hacía otra cosa que regañar a su esposo. Le decía:

—Te advertí que no trabajarías tanto. ¿Cuántas veces te dije que descansarás? Crees que eres un muchacho, pero ya no lo eres, y esto debe servirte de lección. Negocios, negocios, sólo piensas en eso, sin pensar nunca en mí. ¿De qué te sirven todos los negocios si luego te ocurren cosas como ésta? Doctor, ¿se va a recuperar?

—Bien —contestó el médico—, todas estas palabras no le van a ayudar. Tenemos que hacerle un electrocardiograma.

—¿Un electrocardiograma? —gritó la mujer a su marido—. ¿Cuántas veces te he dicho que debías trabajar menos, que te iba a pasar lo mismo que a tus amigos, que se mataban trabajando? Pero no me hacías caso. Ahora resulta que hay que hacerle un electrocardiograma.

—Señora —dijo pacientemente el doctor—, no hay nada de extraordinario en hacer un electrocardiograma. No creo que su esposo tenga nada grave, pero necesito el electrocardiograma para estar seguro. Le ruego que se calme y deje descansar a su esposo hasta que venga el especialista con el equipo.

—Para usted resulta fácil decirlo, pero usted no le ha visto trabajar. Día y noche no piensa más que en sus negocios. Le he dicho montones de veces que si sigue así pronto me dejará viuda. Y, entonces, ¿de qué me servirían todos esos gráficos de ventas? ¿Cree que ha hecho caso? Pues, no. Y ahora mírelo ahí, tendido en la cama. Doctor, el dinero no es problema, haga todo lo que pueda para curarlo, eso es todo lo que le pido.

—Señora, ya le he dicho que su marido no tiene nada serio. Sólo me parece muy cansado. Al parecer ha hecho demasiados esfuerzos.

—Naturalmente, doctor. Siempre se lo estoy repitiendo, no trabajes tanto...

El doctor se fue a otra habitación a llamar al especialista. Dos horas después llegó aquél, con una enfermera, y el médico regresó para ver los resultados. El electrocardiograma revelaba que no había ninguna anomalía en el corazón del turista. La esposa de éste se alivió inmediatamente.

—Es como recibir un don del cielo. Tal vez, hasta podremos ir al Lido esta noche...

—Estoy cansado —dijo débilmente el marido—. Con todo lo que he pasado hoy... Tú sólo piensas en ti misma...

El doctor trató de ayudarlo, diciendo:

—Creo que le sentará bien descansar durante una semana. ¿Por qué no se van a Suiza unos días?

—Yo no he venido a Europa para descansar unos días en Suiza —exclamó la señora—, vine a pasarlo bien y, cansados o no, voy a conseguirlo...

(Copyright 1969, The Washington Post Co.—Distribuido por Editors Press Service, Inc.—Agencia Zardaya.)



caran apasionadamente la memoria de Larra, ni que fuera figura a menudo recordada en todas las tertulias literarias progresistas de las tres primeras décadas del siglo XX —en la de Pomo se le guardaba simbólicamente un sitio—, ni que vuelva a ser ahora un escritor ampliamente admirado por los sectores jóvenes.

En el plano específico de la crítica teatral, Larra es un verdadero maestro. Frente a la tendencia —mortal para la moderna historia española del teatro— a marginar los problemas teatrales de los problemas sociales, a hacer del teatro un fenómeno alimentado de sí mismo, a ocultar las implicaciones ideológicas de toda organización teatral, Larra tiene el valor de sostener las raíces sociopolíticas de la grande-

za y la miseria del teatro. Ciertamente es necesario atender al «específico teatral», en tanto que se trata de una expresión estética que conjuga una serie de elementos —el actor, sobre todo— que le son exclusivos. Ahora bien, considerando que el teatro es un fenómeno público, un hecho que solicita la concurrencia de una serie de elementos estructurales extra-artísticos (las empresas, los públicos, la censura etcétera, etcétera), su análisis es imposible si no miramos, a un tiempo, con el mismo celo, a la escena y a la platea, al espectador y al espectáculo.

Quizá sea ésta, al margen del valor de muchas de sus apreciaciones críticas, la máxima aportación de Larra al teatro español. La escena y la historia se mezclan, a las dos se acerca Larra con la misma curiosidad, en las dos encuentra los mismos protagonistas sociales. Porque, a fin de cuentas, cada pueblo tiene el teatro y la historia que se merece. ¿Quién se atrevería, por ejemplo, a calificar la censura teatral de fenómeno adscrito exclusivamente a la historia del teatro? Obviamente tiene un pie en el teatro y otro en la política. Vive para el teatro, pero vive de la política.

Cada día parece más clara la necesidad —aceptando todas las transformaciones operadas por la historia rechazando, en cambio, ciertos energuménismos que quieren, en la línea de otros energuménismos precedentes «partir de cero»— de ahondar en las raíces culturales de nuestro presente al tiempo que nos abrimos a la investigación de las corrientes europeas: a sus posibles penetraciones en el ámbito concreto y particular español. Larra se levanta, probablemente, como el primer tramo de tan apasionante y urgente tarea. ■ J. M.

Entre Dolittle y el «Che» FLEISCHER Y EL ESTRANGULADOR

Evidentemente, el lamentable «Doctor Dolittle» no hacía esperar nada bueno de los siguientes films de Fleischer. Ya «El viaje alucinante» había constituido una seria decepción; después de las que supusieron los films «Europeos» del realizador de «La muchacha del

realización se sitúa entre el «Dolittle» y el «Che!». Fleischer, si no ha sido nunca un «autor», en el sentido más estricto de la palabra, si ha sido —en «El estrangulador...» demuestra que puede volver a serlo en cuanto se le propone— un cineasta importante, un



trapecio rojo». Y, por otra parte, las referencias que van llegando sobre el «Che!» interpretado por Omar Sharif, no son precisamente alentadoras... Por todo ello, resulta doblemente satisfactorio el «recuperar» al Fleischer de los mejores momentos en «El estrangulador de Boston», película que acaba de estrenarse y cuya fecha de

inteligente analista de una sociedad, americana, dominada por la violencia y el sexo, cómodamente instalada tras unas apariencias de puritanismo que ocultan algo muy diferente. Lo mejor de su obra, anterior a la etapa europea, llegó a nuestras pantallas en desorden y, en ocasiones —«La muchacha del trapecio rojo»—, en unas condiciones

EN PUNTO

Festivales ESPAÑÓLES EN VENECIA

Como se sabe, este año no habrá premios en Venecia. La vieja aspiración de Chiarini se cumple, precisamente, el año en que, depuesto, es sustituido por Ernesto G. Laura. Aunque, para ser más exactos, habría que

mió sui generis, de un premio a una obra de conjunto, que no necesita la apoyatura de un film «en concurso». Se había hablado, en principio, de inaugurar esta nueva modalidad con Chaplin. Luego no se ha vuelto a ha-

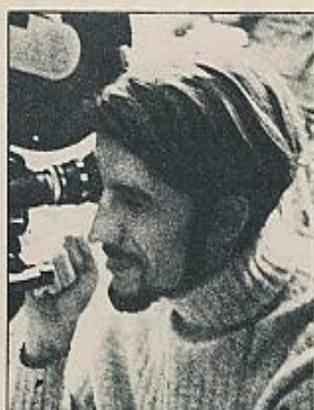
Portugal, estudiando la posibilidad de rodar allí esa «Tristana» que no parece viable en nuestro suelo, se trasladará a Venecia para recoger el galardón, un galardón que sigue, a dos años de distancia, al León de Oro concedido a «Belle de jour». Si, evidentemente, debe alegrarnos que un español reciba, por primera vez en su historia, este premio, no debemos olvidar que, lamentablemente, su obra no ha sido española. Físicamente aquí se rodaron «Tierra sin pan» y «Viridiana». Pero el primer film era de producción francesa y el segundo se considera administrativa y burocráticamente como «inexistente». Cosas de España y de nuestro cine.

Los otros españoles en Venecia son Basilio Martín Patino y Jorge Grau. Del primero participa en el programa «oficial» —no puede hablarse de concurso al no haber premios— «Del amor y otras soledades», el film protagonizado por Lucia Bose y Carlos Estrada, segundo de su obra después de «Nueve cartas a Berta». Del segundo se presentará, en la sección informativa, «Historia de una chica sola», título actual del film que, en el momento de su rodaje, se llamaba «La cena», y que interpretan las dos protagonistas de una obra suya anterior, «Una historia de amor», Serena Vergano y Teresa Gimpera, al lado de los galanes Michael Craig y Angel Aranda. Patino y Grau son, cada uno desde distintas posiciones, desde distintos planteamien-

tos estéticos, dos de los realizadores jóvenes españoles en los que más puede confiarse. Confiemos, pues, en que, al margen de los este año inexistentes premios, su presencia en el Festival, la repercusión que ella pueda



BUÑUEL



PATINO



GRAU

decir que sí habrá premios, uno sólo, que precisamente se otorgará a un español, al español más universal del cine, Luis Buñuel. Se trata de un pre-

blar del proyecto y se ha sabido que sería Buñuel el, más que premiado, homenajeado. El genial realizador, que en estos momentos debe hallarse en

tener, sirva para facilitarles una continuidad en su labor, que hasta ahora ni uno ni otro —especialmente Patino— han logrado. ■ C. S. F.

que la hacían irreconocible. No obstante, después de la relativa sorpresa que supuso «20.000 leguas de viaje submarino», Fleischer fue revelándose como un cineasta al que valía la pena seguir atentamente. Independientemente de los temas tocados, de los saltos de un género a otro, de la distinta calidad de cada film en sí, a través de ellos se veía a un hombre de mente liberal, de sentido crítico aguzado, de gran lucidez y, sobre todo, capaz de montar films basados en la violencia, sin que ésta fuera tratada con complacencia, con regodeo. En este sentido, «Sábado trágico», «Los diablos del Pacífico» y «Los vikingos» son títulos extremadamente significativos.

Ahora, con «El estrangulador de Boston», Fleischer realiza uno de sus mejores films y también uno de los mejores films americanos de estos últimos años. En una línea que, hasta cierto punto, lo emparenta con obras como «El detective» o «Harper» y, en otros aspectos, con obras de la escuela «verista» de los últimos años cuarenta, como «La ciudad desnuda», «El estrangulador...» se sitúa entre esos films de pretensión desmitificadora de la sociedad del bienestar para mostrar, sin efectismos espectaculares ni falsos pudores, cómo una ciudad considerada como ejemplo máximo de «respetabilidad», Boston, puede ser terreno abonado para las fechorías de un maniaco —en este caso un sencillo trabajador que sufre de desdoblamiento de personalidad— al que, pese al clima de terror reinante, se le abren todas las puertas de mujeres solas, que esperan «otra cosa...» Toda la primera parte del film es una larga y

deshilvanada encuesta, en la que se utilizan, sin excesiva insistencia pero con desigual fortuna, las imágenes múltiples en el cuadro del cinematógrafo, para dar al relato esa precisa dimensión de pluralidad, de colectividad que Fleischer busca, mientras que la segunda hora —la película dura exactamente dos— está centrada en el personaje del estrangulador, que hasta entonces no ha aparecido en la pantalla, y en su enfrentamiento con quienes le han capturado. Esta nitida división en dos partes, lejos de perjudicar a la unidad de la película, le da un equilibrio particular, y lo mostrado de un modo «objetivo» en la primera parte explicita el comportamiento «subjetivo» del asesino en la segunda, al tiempo que éste aclara, retrospectivamente, lo que vimos en la hora inicial.

Sin perder el pulso de la narración, sin que ésta resulte en ningún momento confusa o embarullada, Fleischer ha llevado adelante un relato cuyas líneas no son las habituales en un film de este tipo y que, indudablemente, sale victorioso de la comparación con otro inspirado en el mismo caso real, «Así no se trata a una dama», de Jack Smight, autor, sin embargo, del excelente «Harper». No sólo ha dominado las posibles trampas del método elegido —hay que decir que contaba con un espléndido guión de Edward Anhalt—, sino que ha conseguido que en todo instante hechos y personajes, pese a su excepcionalidad, sean creíbles y convincentes, para lo que ha contado con unos intérpretes cada uno en su tono preciso, al frente de los que hay que situar a Tony Curtis y el siempre magnífico Henry Fonda. ■ C. S. F.

Nuevas alzas de precios

¿POR QUE SE MANTIENE LA CONGELACION PARCIAL DE SALARIOS?

Como ya empieza a ser tradicional, la estación estival suele aprovecharse —y más concretamente el mes de agosto— para autorizar las alzas en las tarifas de ciertos servicios públicos o para consolidar, en general, los incrementos en los precios de determinados productos. Es como si el derecho a disfrutar de unas vacaciones —vacaciones que, por otra parte, sólo disfrutaban un 29 por ciento de las familias españolas— tuviese una inexorable contrapartida, con pago aplazado, ya que el mismo deberá satisfacerse en los restantes meses del año. En efecto, el agua, la electricidad, algunos transportes públicos, etc., etc., han experimentado en las últimas semanas incrementos que oscilan entre el 5 por ciento, en el caso de las tarifas eléctricas, hasta un 34 por ciento, en el caso del agua, alza esta última que, dada su cuantía, nos hace temer pueda tener cierta repercusión en el ya bajo nivel de salubridad pública existente en el país.

El alza de las tarifas eléctricas, de otro lado, no ha debido sorprender a nadie, entre otros motivos por la cuidadosa campaña publicitaria que anunciaba implícitamente, junto a los beneficios que se derivan de la utilización de esta fuente de energía, un lógico incremento de los precios, que sólo ha podido ser retrasado por la resistencia que evidenciaron ciertos sectores de la opinión pública durante los primeros meses del año. A este respecto, y por diversas causas, no vamos a entrar en la polémica en torno a la necesidad o improcedencia del alza de dichas tarifas; pero sí quere-

mos recordar que únicamente se podrá contar con una industria transformadora competitiva, y con cierta capacidad de exportación, en la medida en que los costes de estas empresas no se vean gravados por precios elevados de la energía y de las materias primas. Los pasos que se han dado en este sentido, en los últimos meses, no pueden ser más decepcionantes.

No hay duda de que estas alzas de precios han podido por ahora disimularse, encontrando —como recientemente la devaluación del franco— un momento propicio para deslizarse con cierta clandestinidad, pero, ¿podrán dejar de reflejarse, en los próximos meses, en el índice general de precios? En lo que va de año, dicho índice ha experimentado alzas importantes, de las que nos hemos ocupado en otras ocasiones, y que, junto a las que se prevén, colocarán a la economía española —y más concretamente a la peseta— en una difícil y comprometida situación, máxima teniendo en cuenta que la evolución de la Balanza de Pagos no parece ser satisfactoria.

Pero no es ello todo: de la misma forma que dichas alzas de precios no podrán disimularse en el índice general, tampoco habrán de pasar inadvertidas para grandes sectores de la población laboral. La política, como la economía, no puede sobrepasar determinados límites, y, en estas circunstancias, esa congelación parcial de rentas y salarios, que aún se prolonga, es puesta todos los días en entredicho por la propia evolución de la realidad. ■ A. L. M.

COLABORAN: Juan Aldebarán, César Alonso de los Ríos, Art Buchwald, J. García de Dueñas, Eduardo G. Rico, Eduardo Haro Tecglen, Antonio Javaloyes, A. López Muñoz, Víctor Márquez Reviriego, José Monleón, J. M. Moreno Galván, César Santos Fontenla. FOTOS: Europa Press, Cifra, Marull y Archivo.